

guiera al cielo que de algo te sirviesen y pudiese dárte las para renovar tu vida y devolverte el vigor de la juventud. Mas aquí en Venecia me engendraste, aquí me abriste los ojos al día; en estas lagunas se adobó mi cuerpo, en esta luz se atezó mi piel, en este aire se avivó mi pecho, en este cielo se esparció mi mirada; y yo no puedo vivir fuera de aquí. Hacedme, si quereis, esclavo; ceñidme una cadena: me resignaré con tal de arrastrar mi servidumbre por estos muelles. Encerradme en los pozos donde ya he estado contento; la esperanza de mezclar mis restos á los átomos de Venecia bastará para convertir aquellas lobregueces en los espacios celestes. Padre mio, que no me destierren, que no me lancen de aquí, que no me aparten de este nido, que no desarraiguen mis piés de este suelo, que me dejen vivir con cuantos hablan mi lengua, aunque sean mis mayores enemigos, los que me han heridô, los que me han puesto en el tormento, los que me han abrevado de calumnias, al fin y al cabo, venecianos como yo, confundidos conmigo en el seno de la patria á quien amo como debiera amar á Dios.

En este momento, á una señal de Loredano, los esbirros cogieron al pobre cuitado, y con violencia lo bajaron al muelle, y lo metieron en un barco, el cual zarpó hácia el Oriente, sin que ni una palabra, ni un movimiento, ni un gesto se notara en el Dux, yerto como fúnebre estatua. Y aun no había zarpado el barco cuando la campana de San Márkos, que repica por los nuevos principes á la hora de su exaltacion, dejó oír sus alegres ecos en medio de la estrañeza de todo el pueblo. Y bajó el Dux la escalera del Palacio como un cadáver que se moviese; y llegó á su antigua casa como un cadáver que se encerrara en su panteon. Y al estar allí, despues de no haber hablado en más de un año ni una sola palabra, se llevó la mano á la frente como si le atormentara una idea; y aplicando el oido, escuchó de nuevo el acento de la campana dulcificado por la laguna, y tan solemne que se diría que hablaba la Basílica. Y quiso sollozar; pero al querer sollozar, se le rompió una aneurisma, y cayó redondo en el suelo como si hubiera recibido el latigazo de un rayo. Loredano, entró en aquel supremo instante, inclinó su cuerpo sobre el cuerpo yerto, se cercioró de que no latía aquel corazon, y yéndose á su casa, abrió su libro de comercio, y puso esta palabra: estoy pagado. En seguida se lo entregó á Guido para que lo leyera; y Guido exclamó:

—Aprovecharé la leccion y tomaré una veneciana venganza.

CAPITULO IV.

Satisfacciones de la venganza.

Á media noche, en oscura plazuela mal iluminada por lámpara mortecina puesta al pié de una efigie de Maria, paseábanse dos hombres sigilosamente envueltos y rebozados en sus largas capas que les recataban el rostro. Por los muchos gestos que hacían, moviendo á todos lados sus cabezas cubiertas con sombreros anchísimos, veíase cómo les agitaba cierta febril impaciencia. Uno de ellos en su aire revelaba el hábito de mandar que denota imperio hasta en los menores actos de la vida, y el otro revelaba el hábito de obedecer no menos arraigado y antiguo. Esperaban seguramente á alguien, con desesperacion grandísima el uno, con menos el otro, con verdadera inquietud ambos. El mas alto andaba por lo regular dos ó tres pasos antes que el mas bajo en señal de superior jerarquía. Pero la diferencia en el andar entre ambos no quitaba nada á la expansiva confianza de su conversacion animadísima. En cuanto digan algunas palabras, va el lector á conocerlos, y por consiguiente, no estará de mas que yo le confie quienes eran y lo sepa así á ciencia cierta de mis labios. Pues eran el implacable gentil— hombre Guido; y su escudero, el gárrulo y erudito Gasparo. Embebido aquel en sus ideas de venganza, y embebido éste en todo cuanto embebía á aquel, aguardaban allí ambos á algun agente misterioso que les ayudase en las satisfacciones de su impaciente pasion. Desde la hora trágica del rapto, Guido solamente pensó en hallar á Lucrecia y en perder á Lippi. Como todos aquellos que tienen una idea fija, en esa idea respiraba y vivía, habiéndose, por una especie de trasfusión misteriosa, convertido en su verdadera alma. Vengarse, hacer sufrir á los demás todo

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1925 MONTERREY, MEXICO

cuanto él mismo había sufrido: hé ahí el pensamiento único donde se concentraba toda su existencia. Por él se movían sus piés, respiraba su pecho, latía su corazón, agitábanse sus nervios, corría por el cuerpo su sangre y por el alma su idea; como si ese pensamiento constituyera una doble naturaleza, material y moral.

—¡Cuánto tardan!

Decía Guido, fatigado ya de paseos tan largos y apoyándose en una esquina.

—Vendrán, señor, vendrán; no hay que apurarse.

—No me apuro, me quejo. Quien ha esperado tantas horas su venganza, bien puede esperar algunos minutos á sus vengadores.

—Sereis satisfecho.

—¿Es verdad que ha venido Lucrecia?

—Es verdad.

—Quisiera arrancarte de los ojos con mis propios ojos su imágen.

—Decid cuanto os venga al magin, haced cuanto os pida el gusto; pero no trateis de verla.

—¡Ah! ¡Qué sacrificio!

—Si preferís satisfacer vuestros caprichos á satisfacer vuestras pasiones; id, corred, atisbadla.

—Quisiera que mis ojos tuviesen luz y fuego como el cielo, para iluminarla á ella y para consumirlo á él.

—Quered cuanto os plazca; pero seguid el plan ideado de suerte que no adviertan cuán próximo está su castigo y vuestra venganza.

—¿Llegaron á Venecia?

—¡Cuántas veces preguntais las mismas cosas y obteneis las mismas respuestas! Llegaron.

—¡Se habrá rendido Lucrecia al deseo de su raptor! No hay duda. La juventud, la flaqueza de los sentidos.....

—Buena es para rendirse ni á cien asaltos. Segun todos los indicios, está como al entrar en el Convento. inmaculada. Pertenece á esa casta ferroz de mujeres que defienden su castidad como gato panza arriba.

—¡Oh! ¡Qué comparacion!

—Recordando lo que en público se arriesgó á hacer, aquello que hizo con vos en San Juan de Florencia, podeis imaginar lo que hará en secreto con ese loco de semi-fraile, aunque perdidamente le ame como creo que le ama.

—¿Será posible? La mujer es el animal caprichoso por excelencia.

—Todos la llamamos ángel si nos corresponde, bestia si nos desdeña.

—¿Concibes que prefiera un fraile escandaloso á un noble semi-rey?

—A cierta edad de la vida el alma busca el amor, y el amor la correspondencia. Rara vez obedece el sentimiento á la razon. ¿Qué quereis?

Si Lucrecia calculára, os preferiría á vos; pero ama y prefiere su amor. Así es la vida, así el alma, así las pasiones. Y nadie deshará lo que hizo Dios.

—¿Cómo habrá podido defenderse contra tantas asechanzas? ¿Cómo salvarse de su propio corazón que la arrastra á los brazos de su amado?

—Primero, por su virtud. Todavía hay seres virtuosos en la tierra. Luego por su educacion. Lucrecia tiene la mejor, la que enseña á huir de vicio, no por temor de caer á los ojos de los demás, sino por temor de caer á los ojos de la propia conciencia. Luego está ahí el frailecillo Serafin, que les ha salvado la vida, y que se pinta solo para esto de cumplir sus deberes y sostener al que combate, y consolar al que llora, y acorrer al que en algo le necesita. Les ha salvado la vida, les ha traído hasta aquí, y guarda como un cerbero la virtud de Lucrecia y detiene como un freno los apetitos de Filippo. Tal es la verdad del caso en toda su desnudez, sin que haya ningun atenuante innecesario en la energía de vuestro natural y en la lealtad de mi afecto.

—Pero, ¿de qué vivirán? Abandonada de su padre, sin recursos, debe padecer horrible miseria.

—¡Bah! El cielo alimenta con su rocío á la flor, el campo con sus semillas al ave. No tengais miedo, no se morirán de hambre dos frailes; antes bien comerán como dos avestruces.

—¡Gasparo! ¿Satisfaré mi venganza?

—Sometiéndooos á mis instrucciones.

—Pareces un poder público, segun los aires de denominacion que tomas, un verdadero poder público.

—Ya lo creo; como que he puesto en movimiento una legion de esbirros casi igual á la que tiene á sueldo la Señoría de Venecia, para servir á mi ilustre amo y saciar sus insaciables venganzas.

—¡Qué satisfaccion tan grande la satisfaccion de antiguos rencores! ¡Qué placer tan vivo el desquite!

—Hay muchas maneras de desquitarse.

—Ya lo creo.

—El fondo de las pasiones humanas siempre es el mismo; las formas infinitas. El César Alejandro Severo se vengó del senador Ovinio, que, siendo muy débil de temperamento y muy cobarde de ánimo, aspiraba al Imperio, con asociarlo á su autoridad y concederle de grado la deseada preminencia. A poco de tal concesion, invitóle á acompañarle en las tristes asperezas de la guerra como le acompañaba en los sabrosos goces de la Corte. El co-emperador no podía negarse á este deber anexo al supremo cargo de imperante. En la primera jornada Alejandro marchaba á pié, y Ovinio tenia que marchar á pié tambien, por no esponerse á desmerecer de su colega en concepto de los militares. Pero molido, aspeado, mal trecho, pidió commiseracion y le subieron á caballo. Aun no había subido,

cuando las exigencias de la guerra demandaron que se aumentara la celeridad de las marchas y se disminuyera el número de los descansos. Ovinio no podía con el caballo, cuyos movimientos le ataraceaban de aguetas todo el cuerpo. Y le bajaron del caballo para tenderlo en rudo carro de guerra. Y los cardenales y las aguetas se le recrudecieron al choque de las ruedas con las piedras y al balance casi marino del vehículo, en tales términos que importunó á todos los dioses, reclamando un poco de reposo, con lo cual llegó á mostrar bien claramente, según deseaba su enemigo, la imposibilidad absoluta de ejercer un cargo tan superior á sus fuerzas, temiendo que retirarse entre las generales burlas, avergonzado y corrido. ¿Veis qué donosa manera de vengarse? ¿No buscariais vos con empeño una satisfacción semejante para aquietar vuestro corazón?

—Demasiado dulce me parece en atención á la vehemencia de mis deseos.

—Vos seriais, de seguro como aquel napolitano que se la tenía jurada á un su enemigo, del cual aparentaba ser favorecedor y amigo. Maquinando planes en su cabeza y apercibiendo medios de venganza, llegó por fin á sitio apartado y solitario, donde á mansalva y sin recelo acometió su tenaz intento, derribando al contrario, y poniéndole la punta de su espada en la garganta para acabar con su vida. Mas no se contentó con esto el vengador: sus rencores le inspiraron aun mayor crueldad, le inspiraron el decirle que renegara de Dios y de sus santos si quería vivir. Y en cuanto acababa de renegar, le inmoló, clavándole la espada, satisfecho de haber conseguido dos cosas: la perdición de su cuerpo y de su alma; la muerte segura y la condenación al infierno.

—Una venganza de esta suerte en lo cruel y en lo intensa desearia yo alcanzar. Lo único que me repugna ahí es la traición que finge, la horrible traición que finge cariño al aborrecido. Eso nunca lo haria yo; pero vengarme sí lo haria cien veces, deseando para mi enemigo en esta vida algo más que la muerte y en la otra vida algo más que el infierno. ¡Cuánto tardan!

—Aquí los teneis.

En efecto, oyéronse unas voces semejantes al grito agudo de las aves nocturnas en la oscura soledad y al choque de los remos en las aguas. Eran las voces de los gondoleros que avisaban el paso de la góndola entre las sombras. Llegados cerca de la placeta descendieron dos hombres muy rebujados en sus mantos también y se encaminaron adonde estaban Guido y Gasparo.

—Tenacidad en la venganza.

Exclamaron al aproximarse.

—Tenacidad.

Dijeron nuestros dos conocidos como respondiendo á una evocación.

—Aquí estamos.

—¿Dispuestos?

Preguntó Guido.

—A todo.

Respondió el que llevaba la voz.

—¿No vacilareis?

—No vacilaremos.

—Vuestra audacia asegura el cumplimiento completo de mi deseo.

—Completo.

—¿Ningun obstáculo os detendrá?

—Ninguno.

—¿Ningun escrúpulo?

—Buenos somos los piratas para escrúpulos. El mundo se ha empeñado en deshonorar nuestra profesión y yo en creerla honrosa. El mar, como el aire, pertenece á todos.

—Lo que yo quiero es recibir vivo y sano al artista en mi poder.

—Lo recibireis.

—Mañana deben salir en barco que parecerá un festin flotante á la alta mar. Pues hay que ir allí, perseguirlos, alcanzarlos, y coger al designado por Gasparo que os acompañará. A los demás dejadlos.

—¿Y luego?

—Luego, imposibilitados de volver á la laguna de San Márcos, ir á la ribera del Adriático, cerca de la desembocadura del Po, y allí al pie de una torre que tendrá mis divisas, depositar la presa.

—Lo haremos como lo mandas.

—La mitad del precio de esta hazaña se dará mañana, ántes de zarpar; la otra mitad cuando esté concluida la hazaña y la víctima en mi poder.

—Sereis satisfecho. Con deciros que estoy condenado á muerte en cinco Estados de Europa, os he dicho bastante. Con decir que si la Señoría supiera solamente que habeis hablado conmigo, os colgaba por los piés, sobra para saber si seré yo pájaro de cuenta.

—Os encargo la mayor habilidad, medio seguro de conseguir la mejor fortuna.

—Nuestra estrella es tan favorable como nuestros vientos. Una gitana, que me ha mirado á la mano, me ha dicho cómo llegaré á Emperador. Y lo creo, porque despues de contar veinte naufragios, aun me siento con fuerzas para vencer y conquistar un reino.

—Adelante.

—Adelante.

—Aquí el único que corre riesgo, soy yo.

Exclamó Gasparo.

—¿Cómo?

Preguntó Guido.

—Vosotros vais á vuestro elemento; y yo estoy en el agua como los peces fuera de ella. Aquí en Venecia me mareo; imaginaos qué me sucederá en alta mar. Si huelo un alga, largo un vómito. De suerte que, al lograr nuestro intento, el artista volverá apresado, y el apresor destripadísimo.

—Dejémonos de estas tonterías y manos á la obra.

Exclamó Guido con animacion.

—Manos á la obra.

Dijeron todos á una.

—Al rayar el alba ¿Gasparo estará en la puerta oriental del Lido?

Preguntó con imperio el pirata.

—Al rayar el alba.

Respondió Gasparo.

—¿Sin falta?

—Sin falta.

—Retirémonos.

—Retirémonos.

—Al gran canal, frente al palacio Foscari.

Dijo Guido á sus gondoleros.

—A San Zenobio para hacerle un voto antes de amanecer, á fin de salir con fortuna de nuestra empresa.

Dijo el pirata á su compañero.

Y las dos góndolas tomaron su direccion respectiva como dos grandes aves acuáticas, dejando una estela fosfórica y un reflejo fantástico al choque de los remos que despedian gotas luminosas del color de la luna y al culebrear de los reflejos del farolillo que fingian como fugaces collares de topacios. Los gritos de los gondoleros se disiparon en la atmósfera y Venecia quedó entregada á su profundo sueño.

Al amanecer, resonaba en modesta hostería encrespada disputa entre un galan que se adornaba y componia como para fiestas, y un fraile que hojeaba su libro de horas. Los dos eran jóvenes, los dos robustos. Mas en las facciones abultadas del uno se revelaba la influencia predominante de los sentidos, y en las facciones armoniosas del otro, la influencia predominante de la contemplacion y el misticismo. Vestia el galan calzas de seda blancas, uboncillo de terciopelo rosa recamado de plata, capilla del mismo color y los mismos adornos que el juboncillo, gorra florentina con largos plumajes que le caian sobre el hombro izquierdo, mientras el fraile solo vestia su estameña burda de la órden seráfica. En los movimientos del uno se veia la exhuberancia de vida, y en la contemplacion del otro se veia cierta profunda tristeza.

—¿Qué loco eres! Filippo.

Decia el fraile.

—¿Qué machaca eres! Serafin.

Contestaba el galan.

—Imposible volver por tu bien.

—Imposible quitarte esa manía de enderezar entuertos, corregir vicios, rescatar cautivos en continuo inacabable sermoneo.

—¿Mas no quieres que sermonee, cuando corres peligros innecesarios por ese afan de divertirte?

—¿Y qué otra cosa puede sacarse de la vida? Mañana se apaga al menor viento como una candela; y se disipa en los aires como la esencia de un frasco abierto, y si no aprovechais estos instantes fugaces, la perdeis en el vacío. Á divertirnos, á divertirnos.

—Pero ven aquí, alma de cántaro, ven aquí; recógete en tí mismo, y reflexiona con madurez lo que haces.

—Mira: desde que en mi camino te has interpuesto; desde que apareciendo en aquel subterráneo de Prato, evitaste que libara mi amor; desde que desceñiste mis brazos del cuerpo de Lucrecia que habia en el primer momento del raptó estrechado fuertemente contra mi corazón, Serafin, te aborrezco. Y dicen que soy calavera epicúreo, sensual, voluptuoso, viciosísimo. Si lo fuera, ¿hubiese salido de mis manos Lucrecia tan pura y tan virginal como entró? Y la he tenido allí, á mi lado, respirando su aliento, sintiendo palpitar su corazón bajo mis manos, á merced de mi capricho; y ni siquiera me he atrevido á darle un beso; yo, el saltador de todas las virtudes, el amante de todos los imposibles, el feroz enemigo de la castidad, el.....

—No quieres conocerte á tí mismo, ni conocer el carácter de las pasiones. A medida que es un amor más exaltado es tambien menos voluptuoso. A medida que penetra más profundamente en el alma, se deja más lejos los sentidos. Las otras mujeres han sido tus caprichos; Lucrecia es y será siempre tu pasión. Las otras mujeres te arrastran como un torbellino; Lucrecia te posee como un cielo. El respeto que te inspira ha puesto un freno á tus ímpetus y la ha sacado incólume de tus manos.

—Si otra vez la tuviera á mi alcance, te juro que me la comía.

—Es una santa. Nacida y criada para dama de alta jerarquía soporta con resignacion sublime el triste estado á que la han reducido su pasión y la tuya. La hija del potentado Butti, la prometida del gentil-hombre Montaperto, la más hermosa florentina se reduce con sublime resignacion á las tristezas de enfermera en hospital de Venecia como la última de las desgraciadas ó de las arrepentidas.

—Confiesa que en una virtud así hay mucho de verdadera demencia. Confiesa cuánto más feliz seria en mis brazos, donde podria encontrar dichas con las cuales ni se atreve siquiera á soñar su deseo.